

Érase una vez una reina que tenía dos hijos. Un día los mandó llamar para decirles que ya era hora de que se buscaran una mujer. El mayor de los hermanos pasó por un pueblo y en una ventana vio a una mujer que de mujer sólo tenía el nombre, porque era feísima, con viruelas y muy gorda. Pero sin molestarse más, le dijo que la quería. De vuelta en el palacio le dijo a su madre que ya tenía novia, pero su madre le dijo que no se la presentara hasta que pasara algún tiempo.

El hermano pequeño estuvo mucho tiempo buscando una mujer, pero ninguna le gustaba. Cansado de tanto buscar, se sentó junto a un estanque y entonces se le acercó una rana que tenía una astilla clavada en una patita. Con mucho cuidado, se la sacó, y la ranita se lo agradeció:

- Cric, crac. Ya sé el problema que tienes –le dijo-. Que no encuentras novia.

- ¿Y cómo has podido saberlo?

- Pues porque soy una rana sabia.

- ¿Te quieres casar conmigo?

La ranita aceptó, así que se la llevó al palacio y le dijo a su madre que ya tenía novia. La reina le dijo que todavía no se la presentara.

Un día la reina reunió a sus dos hijos y les dijo que tenía que ponerles unas pruebas para averiguar cuál de las dos novia era mejor, para declararla “princesa real”. La primera prueba era hacer unas alforjas. La que trajera las alforjas más bonitas, ésa sería la “princesa real”. El hermano mayor se rió del pequeño:

- ¡Mira que traer una rana! Pareces tonto. En cuanto nuestra madre la vea, te desheredará y yo seré el príncipe.

Bueno, pues la novia del mayor, como era tan basta, hizo unas alforjas de guitas y trapos viejos. En cambio, la ranita hizo unas de hilos de seda y cascabeles alrededor.

- ¡Son preciosas! –dijo la reina-. Ésta gana la primera prueba. Ahora vuestras novias me tienen que regalar un perro cada una.

- A mí que me importa –dijo el mayor al más chico-. En cuanto nuestra madre vea que te has traído una rana, te desheredará.

Bueno, pues la madre le regaló a la fea un galgo estirado, mientras que la rana le mandó un perrito faldero muy simpático. Y otra vez dijo la reina que había ganado la novia del más chico.

- Ahora viene la tercera prueba, que consiste en que me mostréis a vuestras novias.

- ¡Ahora te vas a enterar! –le decía el mayor a su hermano-. ¡Mira que una rana!

El pequeño se fue muy triste y le contó a la rana lo que pasaba. Pero ésta le dijo que no se preocupara.

La mayor se montó en un caballo y se echó un pañuelo a la carota, para que no se viera lo fea que era, pero con tan mala suerte que en el momento de presentarse ante la reina se fue el pañuelo volando con el viento y a la reina nada más verla hasta le dio un flato. Ya estaban esperando a la otra novia cuando la ranita le dijo a su novio:

-Anda, clávame este alfiler en la frente.

- ¡Pero qué dices! Te voy a matar si hago eso.

-Tú no seas tonto y haz lo que te digo.

Conque cogió el alfiler y se lo clavó a la ranita en la frente. Al momento se convirtió en una princesa muy guapa. Al verla dijo la reina:

- Vosotros seréis los herederos de este reino, y en cuanto al envidioso de tu hermano mayor, lo expulsaremos con esa novia tan fea.

Esto era un pueblo que tenía las calles muy estrechas, y no podían pasar las bestias con los alforjas sino rozando por las paredes. El alcalde, viendo que daban quejas porque atropellaban a algunas personas, dio orden de que todos los que pasaran con bestias dijeran “arrimarse a un lado” varias veces.

Una tarde pasaba uno con dos bestias, y había dos mujeres hablando distraídas. El hombre dio varias voces diciendo: “¡arrimarse a un lado!”. Pero ellas erre que erre, y el hombre, viendo que no hacían caso, le pegó un palo a cada bestia y atropelló a las mujeres. Ellas empezaron a decir: “¡Pícaro, que voy a dar parte al alcalde de que nos ha lastimado usted y nos ha roto los mantos!”.

El hombre, antes de que ellas fueran a quejarse, fue a casa del alcalde y le contó lo que había pasado. El alcalde le dijo:

- Cuando le cite a usted, aunque yo le diga los mayores insultos, usted callado, porque yo quiero hacer creer que es sordomudo.

El hombre se fue a casa y las mujeres fueron a quejarse. El alcalde llamó al hombre, y cuando tuvo a los tres en su presencia, le preguntó a las mujeres qué era lo que pedían contra ese hombre; ellas dijeron que las había atropellado y estropeado la cara y roto los mantos. Entonces al alcalde se volvió contra el hombre y le dijo si no estaba enterado de la orden que él había dado. Pero el hombre no contestaba, así que el alcalde hizo el papel de que se incomodaba, diciéndole que si se estaba burlando de él, que se arriesgaba a ir a la cárcel; pero por más cosas que le decía, el hombre no contestaba nada. Entonces al alcalde volvió la cara a las mujeres y les dijo que qué justicia haría a un hombre mudo y sordo, pues no le contestaba, señal de que no oía.

Las mujeres, llenas de soberbia, viendo que no podían salirse con la suya, dijeron:

- Señor alcalde, ¿Que es mudo y sordo? Lo que está haciendo es burla de usted, pues bastantes gritos daba diciendo: “¡arrimarse a un lado!”; haciendo burla de usted está el muy tunante.

Entonces el alcalde dijo:

- Ahora se van ustedes a su casa a curarse la cara y componerse el manto por haberme venido con mentiras y embustes, porque el hombre ha cumplido la orden que tengo dada.

Hace muchos años nació Simbad en la ciudad de Bagdad. Siendo aún muy joven heredó de su familia una enorme fortuna que gastó en lujos y fiestas. Cuando le quedaba ya poco dinero decidió embarcarse en un navío y marcharse hacia las Indias para comerciar.

Un día muy caluroso el viento dejó de soplar y el barco se paró muy cerca de una isla. Simbad y otros tripulantes del barco decidieron hacer una excursión por la isla y, una vez allí, prendieron fuego para asar carne. De repente, el suelo se estremeció como si fuera sacudido por un terremoto. ¡Lo que habían creído una isla era el lomo de una gran ballena!

El animal empezó a dar coletazos y Simbad cayó al agua. Los tripulantes del barco pensaron que se había ahogado. Sin embargo, Simbad consiguió agarrarse a una madera. Al cabo de dos días una ola le arrojó sobre una isla.

– ¿Qué será esto? – exclamó extrañado al ver una bola blanca de gran tamaño.

De pronto, Simbad miró a lo alto y vio a un inmenso pájaro que iba hacia él.

– ¡Es el pájaro Roc! – dijo asustado.

En efecto, era el pájaro Roc y aquella bola blanca era uno de sus huevos. De hecho, lo que hizo el enorme animal fue dejarse caer sobre el huevo para calentarlo.

– ¡Ya sé lo que haré! – pensó Simbad –. Enrollaré mi turbante a la pata del pájaro Roc.

Y al amanecer, el pájaro se echó a volar y el marino con él, hasta otro lugar en el que se posó.

– ¡Bueno! – exclamó el marino–. ¡Veamos dónde he venido a parar!

En seguida se dio cuenta de que se hallaba en un profundo valle, rodeado de montañas tan altas que era imposible escalarlas. En la falda de una de las montañas se sentó a descansar cuando, de repente, vio que estaba rodeado de serpientes.

– ¡Qué mala suerte! – se lamentó–. ¡Consigo escapar de un callejón sin salida para venir a otro peor!

Sin embargo, aquel misterioso valle también estaba lleno de preciosos diamantes.

– ¡Aquí estoy, rodeado de una fortuna con la que podría comprar medio mundo y condenado a no salir jamás de este lugar! – exclamó

Simbad.

Por lo que pudiera pasar, llenó de diamantes una bolsa de cuero que llevaba.

–Ya sé lo que haré para salir de aquí. Mataré a una serpiente y me ataré a ella con el turbante.

Así lo hizo, y se tumbó a la espera de que el pájaro Roc viese la serpiente y la cogiera para comérsela.

Pocos minutos después el monstruo de los aires planeó sobre el valle y al ver la serpiente la apresó con sus garras.

Durante el viaje, el pájaro sobrevoló el mar y Simbad divisó un enorme barco navegando sobre las aguas azules. Cortó con un cuchillo el turbante y cayó al agua confiando en que los tripulantes del barco le rescataran. ¡Por fin estaba a salvo!

En un lejano país vivían un hombre y una mujer que deseaban con todas sus fuerzas tener un hijo. Tenían una preciosa casa cerca de un jardín lleno de flores y frutos al que nunca se atrevían a pasar porque pertenecía a una bruja muy poderosa.

Un día, la mujer estaba mirando el jardín y vio unos hermosos melocotones que le apetecieron enseguida. Se lo dijo a su marido y éste fue a buscarle los melocotones. De repente oyó un grito:

– ¡Atrevido! Te estás llevando mis mejores melocotones.

Era la bruja.

– Los cogí por pura necesidad. Son para mi pobre mujer, que está muy delicada.

– ¡Bien, hombre, ya que tu mujer los desea tanto, puedes llevarte todos los melocotones que quieras de mi jardín. Pero has de prometerme que si algún día llegáis a tener un hijo, me lo entregaréis en el momento de nacer!

El hombre, como pensaba que no iba a poder tener hijos, accedió.

Sin embargo, al poco tiempo les nació una niña preciosa que llamaron

Rapunzel. La bruja cumplió su promesa y se la llevó. El matrimonio se quedó tristísimo.

Pasó el tiempo y Rapunzel se convirtió en una guapísima joven con una larguísima melena rubia. Era tan guapa que la bruja no quería que nadie la viera. Por eso, la encerró en una torre. De vez en cuando le gritaba:

– ¡Rapunzel, niña hechicera, échame tu cabellera!

Cuando la hermosa joven escuchaba la voz de la bruja echaba por la ventana su pelo dorado y por él subía la vieja.

Al cabo del tiempo un príncipe pasó por allí y al acercarse a la torre oyó cantar una voz. Era la voz de Rapunzel. El príncipe quería ver a la joven que tenía esa hermosa voz, pero no la encontraba. Decidió esconderse a ver si descubría quién era la joven que cantaba tan bien. Y estando escondido, escuchó:

– ¡Rapunzel, niña hechicera, échame tu cabellera!

Y así vio cómo la bruja subía por el pelo de la joven.

Al día siguiente, él hizo lo mismo y al ver a Rapunzel le prometió sacarla de allí.

Pero la bruja se enteró de la visita del príncipe, y enfadada, le cortó su preciosa melena y llevó a Rapunzel a un desierto donde no pudiese encontrarla nadie.

Esa noche el príncipe volvió:

– ¡Rapunzel, niña hechicera, échame tu cabellera!

La bruja lo tenía todo preparado. Sacó la melena de Rapunzel por la ventana y el príncipe empezó a subir. Cuando iba por la mitad, la bruja soltó la melena y el príncipe cayó sobre unos espinos que le dejaron ciego.

El príncipe huyó como pudo. Empezó a vagar por el bosque, sin saber adónde iba.

Al cabo de mucho tiempo el príncipe llegó al desierto donde vivía Rapunzel. Ella le vio y le abrazó llorando. Dos de sus lágrimas humedecieron los ojos del príncipe y, al momento, quedaron curados. Entonces, el dolor se convirtió en alegría y felices y contentos llegaron al reino del príncipe, donde vivieron juntos muchos años.

Cuentan que un día de Difuntos paseaban tres estudiantes borrachos por las afueras de una ciudad, después que habían estado de juerga. Acertaron a pasar delante de un cementerio, y les dio por entrar a burlarse de los muertos. Uno de los estudiantes tropezó con una calavera y los otros dos se echaron a reír. El que había tropezado, mirando a la calavera le dijo:
- ¡Pues no estás bonita ni *ná*! No te enfades pelona, que esta noche te convido a comer en mi casa.
Siguieron los estudiantes la juerga y no se volvieron a acordar del percance.

El que había tropezado con la calavera estaba durmiendo tranquilamente en su casa cuando se oyeron unos golpes tremendos en la puerta.

-¿Quién es? –preguntó el criado, que dormía en otra habitación. Y viendo que no contestaba nadie bajó a ver qué pasaba.

Como era noche cerrada, no puedo distinguir bien quién era. Pero éste le dijo:

- ¿Está el señorito en casa?

- Pues... depende.

- Dígale usted que está aquí el que convidó esta noche a cenar.

El criado fue a despertar al estudiante, que no daba crédito de la historia, pero aún así le dijo al criado que pasara al que fuera.

Cuando estuvo dentro, vieron que el convidado era una estatua muy pálida. El señorito ordenó que le pusieran de cenar lo mejor de la casa: lechón y frutas de toda clase; pero la estatua no probó nada, y le dijo:

-Yo nada de esto puedo comer, pero he tenido mucho gusto en acudir a su casa. Ahora tengo el honor de convidarlo a usted a mi mesa, mañana, en el mismo sitio donde hoy nos hemos encontrado, y a la misma hora.

Al día siguiente el estudiante les contó a sus amigos lo que había pasado, y a todos les dio mucho miedo y dijeron que no irían más al cementerio. Sin embargo, él se las daba de valiente:

- Pues yo sí que voy.

Así que aquella noche fue el estudiante al cementerio, y como iba solo ya empezó a darle un poco de miedo. Todavía más miedo le entró cuando vio que la puerta del cementerio se abría sola, y dentro había una mesa con unos candelabros. En la punta de la mesa estaba aquel señor, la estatua, que le dijo:

- Siéntate.

El estudiante empezó a temblar y se sentó.

- Come, hombre, come –le dijo la estatua.

Pero todo lo que había en la mesa era un plato de ceniza. El estudiante lo miraba sin decir nada.

- ¿Qué te pasa? ¿Es que no tienes apetito?

Y el estudiante nada decía. Al cabo de un rato le dijo la estatua:

- Así aprenderás a no reírte de los muertos. Por el momento te voy a dejar marchar. Anda, vete ya.

El estudiante se marchó corriendo. Pero al llegar a casa se puso muy enfermo y se metió en la cama. No duró ni dos días.